Crema **Eclipse**

La mejor para el calzado.

TINTORERIA DE PARIS
SAN SEBASTIAN
y principales ciudades
del Norte de España.

Crossley Brothers Ltd.
Fuencarral, 6 MADRID Apartado Correos 584
MOTORES CROSSLEY
Más de 3.000 en España.

Grandes depósitos de aceites minerales lubrificantes
Para Ferrocarriles, Minas, Automóviles, etc.
Casas en **Barcelona, Madrid, Bilbao y Sevilla**
Agencias en Gibraltar, Ceuta y Melilla
Marca AIGLON registrada. **Busquets Herms.**

Escuela de cultura física y boxeo
FRANK CROZIER
Jacometrezo, 45.—MADRID
Gimnasia sueca, especial para niños defectuosos; masaje, duchas calientes y frías.—Boxeo y lecciones á domicilio.
Horas: De 9 á 1 y de 3 á 9

ACEITE SUPERIOR
D. H.
MARCA
"EL GALLO"
Para automóviles y toda clase de motores.

GASOLENO SUPERIOR
F. y P.
MARCA
"EL CLAVILENO"
Para automóviles y toda clase de motores.

Kodak Aparatos :: Fotograficos
Puerta del Sol, 4, Madrid. Fernando, 3, Barcelona

Cajas Registradoras **NATIONAL**
Constituye el medio más sencillo y eficaz de administrar bien. Modelos para toda clase de negocios.
11, CALLE DE PRECIADOS, 11

Moto Nafta LA MEJOR ESENCIA PARA AUTOMÓVILES Y AVIACIÓN
Deutch y C.ª Paseo de Aduana, 5, pral.
BARCELONA

PIDANSE EN TODAS LAS PERFUMERIAS ARTICULOS MARCA ROBILLARD

A. FERRER PESET y H.nos
ARMADORES Y CONSIGNATARIOS
AGENCIA, ADUANAS Y TRÁNSITOS
Grao VALENCIA

Sociedad de Tranvías Eléctricos de Alicante
Alicante á Muchamiel.—Bernabea.—San Antón.—Alicante á San Vicente.
SALIDAS CADA HORA
Trayecto urbano de la Puerta del Muelle (Explanada) á la Plaza de toros, ó viceversa.
CINCO CÉNTIMOS
Dirección general: LA FLORIDA

Metales. Maquinaria. Aceros
EUGENIO LABAN
26, LAURIA, 26
BARCELONA

J. GUILLIET EGRE Y Cía.
FOURCHAMBAULT (FRANCIA)
Maquinara moderna y perfeccionada para trabajar en madera.
UTILES. :-: HERRAMIENTAS
Representante general y depositario para España
JUAN GARCÍA ELUSTONDO
Prim, 14 y Urdaneta, 2.—San Sebastián
SE SOLICITAN AGENTES

"STOCK R. DELCLOS"
Ramón Delclós. Méndez-Núñez, 19.-SEVILLA
Bandas de gomas para carruajes.—Llantas de hierro acerado.—Patines.—Talonetas.—Alfombras.—Accesorios.—Neumáticos para automóviles.—Motocicletas y Bicicletas.—Aceites y grasas.

GALLETAS OLIBET

Imp. Artística Sáez hermanos y C.ª (S. en C.)—Eduardo Benot, 1 y 3.—Tel. 5.365.

R/218 Z/9113 C/1345/3

Año II — Madrid, 5 de Marzo de 1916. — Núm. 60

LA RAZÓN

El vencedor de los Fokkers

El sargento Guynemer

(Véase pág. 9.)

SUMARIO

¿Quién puede creer... Un telegrama imperial, por *R. Aubín*.—Las prerrogativas del Kaiser según la constitución alemana, por *L. R.*—La paz que quieren los católicos franceses, por *Can E. Griselle*.—Uno de los combates ante Verdun, por *El capitán X. de Z.*—Desde París: Cada uno ha ejecutado una labor meritísima, por *Ignotus*.—Verdun, por *Pedro Morales*.—La peor cuña, por *J. Barrio y Bravo*.—El oro del Rhin, por *Diaz Retg*, etc., etc.

SOCIEDAD DE
APARATOS INDUSTRIALES Y DOMÉSTICOS
Teléfono 440 JUAN DE MENA, 5 MADRID
CONTADORES DE AGUA = CONTADORES DE GAS
CONTADORES DE ELECTRICIDAD
DE LOS SISTEMAS MAS ACREDITADOS
Director gerente : EUGENIO CASTELOT

RODON MORANTE & CASAS
TRANSPORTS INTERNATIONAUX.--DOUANES
BARCELONA - Plaza del Teatro, 1, 1.er étage :: CERBÈRE :: PORT-BOU
PRIX A FORFAIT POUR LA FRANCE
Renseignements gratuits sur les droits de douane a l'entrée en France
spécialement pour les tissus
CORRESPONDANTS DE LA Cie. DES «MESSAGERIES MARITIMES» de marseille

CIGARRILLOS BASTOS

EL REUMATISMO, LA GOTA Y EL ARTRITISMO
SON VENCIDOS TOMANDO LA VERDADERA
PIPERAZINE-MIDY
GRANULADA EFERVESCENTE
La única que disuelve el 92% del ácido URICO

Máquinas--herramientas
para trabajar la madera
GUIBBIET FILS & C.ia
INGENIEROS Y CONSTRUCTORES
23, Fernando VI, 23 MADRID Teléfono núm. 3.147
Agencias en Barcelona y Bilbao.

SUSCRIPCIÓN
MADRID:
Semestre..... 3,50 ptas.
Año..... 6,50
PROVINCIAS:
Año..... 8,00 —

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PRÍNCIPE, 14, 1.º IZQDA.
Toda la correspondencia al director de
LA RAZON
No se devuelven los originales.

EXTRANJERO:
Semestre..... 5,00 ptas.
Año..... 9,50 —
PAGOS ADELANTADOS

¿Quién puede creer...

Un telegrama imperial

Desde hace semanas venimos diciendo en LA RAZON que los alemanes debían forzosamente atacar á sus enemigos antes de la primavera, y, para ellos, cuanto antes mejor.

Todas las personas medianamente cultas se lo suponían; todos los críticos lo anunciaban.

La última tentativa de romper el frente francés no ha sorprendido, por consiguiente, á nadie.

Y si no ha sorprendido á los profanos, ¿cómo iba á sorprender al Estado Mayor francés?

Esta verdad, siendo indiscutible, no comprendo las alharacas de los germanófilos, que en cuanto leyeron los primeros comunicados Wolf, relativos á su marcha sobre Verdun, vinieron á decir: «¡Ahora van á ver lo que es bueno!»

Tienen un extraño concepto de los alemanes. Para ellos, son unos seres superiores, de más inteligencia y más fuerza. Son los superhombres. Todo lo que hacen, está bien. Todos sus traspies son pasos de talento, y la derrota del Marne fué cantada como una maniobra genial. Son «inequivocables», y se oye decir: «¡Que atacan los alemanes!», como quien dice: «¡Que viene el coco!»

¿Quién puede creer, por más parcial que sea, que un soldado alemán aislado es necesaria y forzosamente superior á un francés, á un inglés? (1).

¿Quién puede creer, después de lo que hemos visto en diez y ocho meses de guerra, que el mando alemán se lleva de calle al mando francés? (2).

¿Quién puede creer que el ejército franco-inglés de hoy es el mismo de 1914?

Y, por fin, ¿quién puede creer, después de la demostración hecha en Champagne y de las confesiones de los soldados alemanes, que la nueva artillería y las municiones aliadas no pueden competir con aquéllas de sus enemigos?

Siendo así, hombre por hombre, general por general, artillería por artillería, ¿cómo puede decirse «¡que atacan los alemanes!», como quien dice «¡que viene el coco!»?

Son unos enemigos formidables por su preparación; terribles por el desprecio de la vida del soldado que tienen los generales; potentes por haber hecho de la guerra la industria nacional, y á pesar de ser en verdad formidables, terribles y potentes se han quedado año y medio sin poder romper la barrera que les puso el mando francés.

¿Cómo pueden pretenderlo hoy? ¿Cómo es posible que quieran obtener en 1916 lo que no pudieron en 1914?

Entonces, ¿por qué se han lanzado sobre Verdun y sacrificado tantos miles de soldados para

ensayar de tomar el punto geográfico que representa la ciudad?

Por las razones de sentido común expuestas más arriba, sabían que si se apoderaban de una fila ó dos de trincheras se estrellarían, por fin, antes de haber roto el frente. Y si no podían romper el frente, ¿dónde tendría más efecto moral el primer triunfo conseguido á costa de mares de sangre?

Y venimos á parar á la razón principal de ésta, como de otras ofensivas alemanas: el efecto moral.

En Alemania hay asuntos inaplazables, para los cuales hay que levantar el entusiasmo decaído de las muchedumbres que resisten á la policía (1), y que principian á ver la verdad que describe el autor alemán de «Yo acuso».

Son los siguientes: Emisión del cuarto empréstito de guerra; reapertura del Reichstag para aprobar los Presupuestos antes del 1.° de Abril; votación de los impuestos cuya elección afecta á los problemas más graves de política interior, y, en fin, tomar medidas cada vez más severas para luchar contra el hambre.

Ante semejantes perspectivas no puede dejarse que decaiga el espíritu moral del país, por temor de que se hunda en dicha caída.

En el extranjero, el papel alemán ha bajado considerablemente. Los turcos ven que sus poderosos aliados no han impedido la caída de Erzerum con sus consecuencias desastrosas para Turquía. El partido de la paz de Talaat Bey aumenta visiblemente.

En Grecia, el bluff impotente de Alemania; que iba á echar al ejército aliado al mar y se ha quedado prudentemente en la frontera búlgara, ha cambiado la opinión de tal modo, que el Rey después de haber oído á Sarrail, mandó á Venizelos fuese á visitarle.

En Rumanía, las fortificaciones se levantan en la frontera austriaca y en la búlgara.

Había que buscar un resultado de gran efecto moral para paliar todo eso, y para ello es seguro que los alemanes harán esfuerzos desesperados, y que aumentarán también, según su costumbre, los resultados obtenidos, que multiplicarán, según acostumbra la agencia Wolf, para hacerlos más imponentes.

Pero (malditos peros), los neutrales han aprendido á ver lo positivo, lo real, y aprecian los éxitos de relumbrón en su justo valor, y después de todo, es seguro que el Káiser, que ha venido con toda solemnidad á presenciar cómo se sacrifican ejércitos enteros para no conseguir ningún fin práctico, se quedará como la zorra de la fábula, diciendo: «Están verdes.»

Quería apoderarse de Verdun á toda costa, y lo declara él mismo en el telegrama que dirigió en contestación al despacho de felicitación del Landstay, de la provincia de Brandenburgo:

«Me regocijo mucho de los nuevos y grandes ejemplos de vigor y de fidelidad llevada hasta la muerte que los hijos de esa provincia acaban de dar en estos últimos días, durante el irresistible asalto librado contra la más poderosa de las fortalezas de nuestro principal enemigo.

Que Dios bendiga Brandenburgo y la patria alemana entera.—Guillermo II.»

Pero viendo que no puede ser, declaran ahora, desde la oficiosa «Gaceta de Colonia», hasta las autoridades militares, que no querían Verdun. ¡Perseguían solamente una ligera rectificación de líneas! No se acuerdan de la citada declaración imperial.

En efecto; el escritor *militar general von Blume* escribió, el 27 del mes último, al corresponsal en Berlín de la «Nueva Gazeta de Zurich»:

«El alto mando ha precisado en su acostumbrado lenguaje, breve y franco, cuál ha sido el objeto del ataque delante de Verdun: alejar la influencia molesta del enemigo sobre las comunicaciones alemanas con la región del Norte de Woevre.

El hecho de que el ataque ha sido realizado en la dirección menos favorable; es decir, en la dirección de una fortaleza muy sólida, no deja ninguna duda de que no se trata de una tentativa de ruptura delante de Verdun.»

¡Y para eso en un frente de diez kilómetros han concentrado siete cuerpos de ejército! ¡Y para un objeto estratégico de segundo orden han sacrificado las mejores de sus brigadas!

Habrán creído que los no alemanes son unos necios á los que se hace comulgar con ruedas de molino. La confesión del fracaso de lo que se proponían, y de lo esperado por sus admiradores no puede ser más palmaria.

Además, esta explicación oficiosa de las modestas pretensiones del alto mando alemán, permitirá siempre decir: «Hemos conseguido lo que

nos proponíamos—y más aún—, ha sido un triunfo aplastante.»

Pero es una maniobra burdísima. La cadena de temple probado tendida en Francia podrá tener cuantos movimientos elásticos decida el alto mando francés; pero no se romperá. De esto, aunque les pese, pueden tener la certeza los que creen que «debemos someternos al látigo prusiano para que nos domestique y civilice».

1916 no es 1914. Ya no hay sorpresa. Ya no hay premeditación. Ya no hay ataque por la espalda; y si entonces, á pesar de haber luchado con tantas «ventajas» Alemania, fué vencida por la hermosa maniobra rematada en el Marne, ¿qué puede pretender hoy? Derramar inútilmente torrentes de sangre, y adelantar la victoria de los aliados.

R. AUBIN

Las prerrogativas del Kaiser según la constitución alemana

Cuando en 1888 el kaiser subió al trono de Alemania tuvo, en su primer discurso en la Dieta prusiana, que explicar á su pueblo cómo entendía que debía gobernar. Dijo, recalcándolo mucho, «que estaba firmemente dispuesto á guardar intactas y á defender contra todo las prerrogativas establecidas de la corona».

¿Cuáles son estas prerrogativas? En un interesante opúsculo que M. Morton Prince acaba de publicar con el título de la «Psicología del kaiser» se encuentran brevemente explicadas. En primer lugar, dice, debemos saber que una de las prerrogativas del kaiser consiste en no ser responsable ante el pueblo ni ante el Parlamento, sólo ante sí mismo. Su poder no se deriva ni del uno ni del otro, reina por su propio derecho. Además de que no sólo reina, sino que gobierna.

En segundo lugar, otra prerrogativa del kaiser es nombrar un canciller para ayudarle á gobernar. No tiene Gabinete ni Consejo. El canciller sólo es responsable ante el emperador. El Parlamento entero puede manifestarse contra el canciller, sin que el uso establezca que éste dé necesariamente su dimisión, como lo haría el primer ministro inglés. Puede no haber sido miembro del Parlamento antes de su nombramiento. El kaiser es el único que puede exigirle que dimita, como lo hizo con Bismark; puede también hacerle que ignore casi todo, si lo juzga á propósito, y, en consecuencia, el emperador puede ser prácticamente su propio canciller; lo fué, en efecto, como se dice ordinariamente en Alemania, desde la dimisión exigida á Bismark, y como Bismark había predicho que sería.

Una tercera prerrogativa es la de nombrar los militares y los jefes de los grandes Gabinetes: Marina, Negocios Extranjeros, Colonias, etc., que, en el orden hierárquico, están bajo las órdenes del canciller. Todo el poder ejecutivo emana, por tanto, del kaiser, y el Parlamento carece del mismo. Se puede decir que la prerrogativa del kaiser es de constituir por sí solo la administración.

Una cuarta prerrogativa es ser el general en jefe del ejército y tener una autoridad absoluta sobre todas sus fuerzas, tanto en tiempo de paz como en tiempo de guerra. (Artículo 63 de la Constitución.) Entra dentro de sus facultades «determinar la fuerza numérica, la organización y los contingentes divisionarios del ejército imperial», así como nombrar todos los oficiales superiores. (Artículo 64.) Todos saben que esta prerrogativa es la que más estima el kaiser.

Una quinta prerrogativa, extremadamente poderosa, es de nombrar y de inspeccionar la labor de diez y siete miembros del Bundesrath ó Consejo Federal, la Alta Cámara más fuerte del mundo.

El kaiser dispone de votos suficientes—basta con catorce—para rechazar toda modificación á la Constitución, y, de hecho, siempre ha tenido bajo su autoridad una mayoría en el Consejo, que, desde su creación, hizo su creatura. Con el consentimiento del Consejo pudo declarar la guerra, y como el Consejo federal que tiene á su devoción, y del que rece de importancia y hay que hacerla la corte por poco tiempo.

Una sexta prerrogativa es de crear toda la legislación, aunque indirectamente por la intromisión del Consejo federal que tiene á su devoción, y del que el canciller es el presidente.

La Cámara baja ó el Reichstag, elegido por el pueblo, no puede tomar ninguna iniciativa de legislación, porque la Constitución estuvo muy bien elaborada por el kaiser en provecho de Prusia y del kaiser. Todas las medidas deben haber sido propuestas por la Alta Cámara, que puede también, con el consentimiento del kaiser, disolver el Reichstag, si sus procedimientos no se le antojan convenientes. El emperador tiene, por tanto, un grandísimo poder por su derecho de inspección legislativa.

El Reichstag, sin embargo, puede negarse á votar los presupuestos y á adoptar medidas preconizadas por el kaiser. Los representantes del kaiser pueden, por tanto, hablar, resolver, criticar y negarse á seguir al kaiser, y de esta suerte, crear en la opinión pública una corriente, á la cual pueden atreverse ó no atreverse á oponerse; pero por sí no es mucho lo que pueden hacer.

L. R.

La paz que quieren los católicos franceses

La memoria de los católicos alemanes que precedió, anunciándola á la respuesta hecha por el doctor Rosenberg al libro publicado por nuestro Comité: «La guerra alemana y el catolicismo», comportaba 77 firmas. Hoy, estas se elevan á 126 y figuran en la portada de la obra. Ese grupo de católicos alemanes reprocha á sus hermanos de fe, á los católicos de Francia, de «dividir la Iglesia» y de ser obstáculo para la paz. Estos cargos pueden parecernos algo inesperados por parte de nuestros agresores. ¿Quién ha empezado la guerra sino Alemania? Y aun su-

poniendo que los alemanes ignoren todavía la historia contemporánea hasta el extremo de admitir la tesis de su «Libro Blanco», no se les debe olvidar que nuestro Comité sólo ha fundado para responder á los sistemáticos ataques de su propaganda, que representan á Francia en los países neutrales como el supremo peligro de la Iglesia católica. Este modo de proceder no era ni leal ni pacífico, y los 126 firmantes de la Memoria alemana, hacen muy mal al querer reprocharnos, «por patriotería», como ellos dicen, una guerra sin cuartel y sin esperanzas de paz. La paz, nosotros la deseamos tanto y más que ellos, pero queremos una paz sólida y duradera que no se encuentre á la merced de la violación de un tratado, puesto que los tratados caducan en Alemania desde el momento en que la necesidad se constituye en ley, y puesto que su filosofía admite y autoriza al Estado, á la nación ó al Emperador, á hacer uso de una moral de excepción que les desliga de todo compromiso invocando el cómodo pretexto de la legítima defensa.

¿Cuál es la paz que nosotros queremos? Pues la paz que se funda en el derecho y en la Justicia, la paz que repara las violaciones de los territorios invadidos y devastados, que indemniza á las víctimas de la horrible é injusta guerra desencadenada en el mundo por la ambición de un pueblo que el orgullo ha pervertido. Y para ello, la victoria de los aliados deberá destruir el «Militarismo» nacido de una doctrina filosófica anticristiana. Los orígenes morales, ó, mejor dicho, inmorales de la guerra provocada por el veneno alemán, han sido estudiados en otra parte.

Util será que se examinen las consecuencias, esto es, el preconcebido designio de una hegemonía absoluta de Alemania, que se califica de nación privilegiada sobre los demás pueblos del mundo que deben servirla, de su plan de acaparamiento universal, de dominio sobre todos sus vecinos por todos los medios, lo mismo por el comercio con vistas al espionaje «que por el hierro y por el fuego», según la divisa de esa dinastía militar que ha formado á Alemania á hechura y semejanza suya. Que las teorías filosóficas sean una causa ó un efecto, que tengan por misión traducir ó justificar hechos realizados ó inspirar y desarrollar los instintos atávicos de los germanos, acostumbrados á hacer de la guerra un manantial de provechos y de saqueo, poco importa: el resultado final seguirá siendo el mismo y los vencidos tendrán la desgracia de comprobarlo demasiado tarde.

Estas lecciones útiles pueden estudiarse á tiempo y con fruto en las obras siguientes que recomendamos á la imparcialidad de los lectores. Etienne Lamy, «Del siglo XVIIII *al año terrible*». C. Jullian, «Rectitud y perversión del sentido nacional». Daudet, «De Kant á Krupp». Roure, «Patriotismo é Imperialismo». Hébrard de Villanueve, «La Francia de mañana». A. Baudrillart. «Juana la libertadora». Los autores de estos trabajos, y más todavía, las materias que se tratan, se recomiendan por sí mismo á la atención de los pensadores.

CAN. E. BRISELLE

Doctor en letras. Secretario general del Comité Católico de Propaganda francesa.

LAS CIUDADES DE LA GUERRA

VERDUN

La ofensiva alemana hace que en estos días sólo se hable de Verdun.

La región de Verdun diríase que está dispuesta, amoldada para la guerra. Desde Saint Mihiel hasta cerca de Verdun, la llanura se extiende, los ribazos acaban allí, preservándonos de sus armoniosas y austeras ondulaciones. Pero en cuanto que nos acercamos á Verdun, se elevan colinas y colinas, que parecen preparadas para que en ellas se hagan las más obstinadas defensas.

Verdun da la sensación de un magnífico conjunto guerrero.

Le rodea un vasto anfiteatro, cuyas gradas son viñas y pueblecillos. Todo él está sembrado de fuertes, que se unen por ferrocarriles, por refugios para las tropas, por baterías maravillosamente instaladas.

Verdun poseía, en tiempo de paz, 30.000 habitantes civiles y 14.000 soldados. Hoy, el elemento civil es pobrísimo, habiendo aumentado, como es natural, y en cambio, la población militar.

Desde las alturas de Belleville, la ciudad aparece como un recinto inexpugnable.

En 1792, en sitio cercano á la ciudad, estuvo el campo prusiano, y allí estos soldados sufrieron una disentería terrible, atribuída á las uvas verdes de las viñas en la Lorena, de que abusaron grandemente.

De la valiente ciudad guerrera, ofrecen su imagen la catedral, con dos torres cuadradas y bajas; los cuarteles, con cien ventanas y los pendientes con ángulos en saliente, con profundos y trágicos fosos.

A la entrada de Verdun, en el rincón de una calle, se lee:

«Metz, 65 kilómetros».

Esta inscripción no data de la actual guerra. Es que Verdun es ya Metz, por lo menos, todo da de ello la ilusión.

Verdun es una fortaleza y un campo atrincherado.

Las fortificaciones antiguas de Verdun, la de Porte Chaussée y la de Porte Chalet, conservan un aspecto de la Edad Media un poco teatral; ¡pero todo su formidable y pintoresco aparato, que es si no ingenuidad, inocencia ante las defensas nuevas, sombrías y secretas!

La ruda ciudad guerrera tiene por industria principal la fabricación de grajeas. ¡Oh, la paradoja de Verdun! En tiempo de paz, hace llover los bombones sobre el extranjero. Hoy, en días de guerra, envía al enemigo otros «bombones».

Un gran puente, sobre el hermoso río que llega de la cuna de Juana de Arco, el Mosa, forma, por así decirlo, el corazón de la ciudad.

La explanada de Verdun, altísima y grave terraza, domina el valle, los cuarteles y el Mosa. Con su imponente serenidad, ofrece la impresión de fuerza invencible. Ante ella, parece que han de estrellarse las terribles y compactas legiones alemanas.

PEDRO MORALES

Madrid.

RELATO DE UN TESTIGO

Uno de los combates ante Verdun

Del sector vecino llega el aviso de que los alemanes, en gran número, se disponen á atacarnos.

Casi al mismo tiempo, una corta ráfaga de 75 pasa algo por cima de nosotros y va á estrellarse en los alrededores del molino de viento. Las cabezas se alzan para ver mejor, rápidamente saludadas por disparos contra el parapeto. Los obuses alemanes llegan en número enorme. Tenemos ya algunos heridos y un muerto.

Ahora, todo el mundo está preparado, la bayoneta calada, los dedos en el disparador, los pies en el barro que ensucia el fondo de la trinchera. ¡Que llegue el ataque! ¡Que llegue pronto! ¡Porque los nervios ya no pueden más! ¡Todo antes que este silencio de enfrente, lleno de amenazas, y que esta espera exasperante de una crisis que se siente inminente y que no quiere estallar! ¡Que llegue pronto el combate!

Y he aquí que, sin ningún otro aviso, cada uno se ha detenido como por resorte y se apoya en el parapeto. Ante nosotros unas masas grises brotan de la trinchera enemiga; se alinean, se hacen compactas y terminan por dirigirse hacia nosotros. Quedamos estupefactos por un instante, deprimidos por la formidable impresión de ver surgir de repente una falanje tan terrible, que se acerca animándose con sus cantos guerreros.

Responde un grito unánime, entusiasta «¡Viva Francia!» La sangre, que circulaba demasiado aprisa, se calma. Todo es ya tranquilidad, plena posesión de sí mismo. Las ametralladoras comienzan por hacer en la masa gris sangrientos huecos. Y, de pronto, la trinchera se ilumina con el fuego de todos los fusiles. Sin disparar una bala, los alemanes avanzan algo desunidos; pero impulsados por sus oficiales, revólver y machete en mano, así como por la amenaza de sus ametralladoras. Por racimos caen; se caen los unos, se levantan los otros, vacilan un instante algunos; pero el conjunto avanza. Una última crispación lleva á la fuerza, disminuída en una mitad, dislocada, enloquecida, á nuestro parapeto. La lucha cuerpo á cuerpo se entabla, mientras que nuestra artillería, prevenida, evita que se acerquen las reservas que pudiesen intervenir.

Los obuses alemanes caen en medio de esa lucha. ¡Cómo se puede conservar el justo recuerdo de estas cosas cuando se matan sin reflexión sin vacilaciones, sin descanso! ¡Gracias á que aquello dura poco! La mayoría de los uniformes grises retroceden á sus posiciones. Algunos saltan á las nuestras, donde son muertos ó hechos prisioneros. Y nosotros nos encontramos agotados, pero triunfantes, detrás de nuestros parapetos casi arrasados, entre el fango ensangrentado. Ante nuestra vista, el suelo está literalmente cubierto de cadáveres. Unos heridos expiran, otros gimen, algunos quieren levantarse y otros se arrastran, esperando la noche propicia para poder escapar.

Las balas silban de nuevo, y sin distinguir á los suyos la indignación alemana se enseña con todo lo que se mueve. Bajo el cañón que busca su venganza, en el barrizal horrible, agotados por el esfuerzo, los nervios amenazando saltar, el cerebro entontecido, el cuerpo sin poder casi moverse, mientras que los centinelas velan, nosotros nos disponemos á dormir, menos numerosos que hace unas horas, más numerosos que mañana, pero incapaces de apreciar por el momento otra cosa que la dulzura de vivir y de cerrar los ojos.

¡Cuán humilde y grandioso es el soldado de

NO PASAREIS

El muerto del Marne.—Les cogimos de sorpresa en 1914 y no lo conseguimos...

esta guerra! ¡Cuán meritorio no es su heroismo, tenaz su labor, hermosa su fatiga y respetable su sueño! ¡Duerme buen soldado de Francia, que mañana dirá el comunicado: «Frente á Verdun, un nuevo ataque alemán ha sido rechazado con pérdidas.» Es la gloria de esta guerra. ¡En la historia no hay otra tan bella y tan justamente merecida!

EL CAPITAN X. DE Z.

DESDE PARIS

—

Cada uno ha ejecutado una labor meritísima

El maestro figura sacrosanta que en todos los países del mundo realiza una labor tan importante cual es preparar la inteligencia y el alma de los niños que han de constituir la generación del mañana, ha sido en Francia durante la actual campaña una figura que perdurará en los anales de la historia de esta guerra.

Muchos de ellos han peleado en el frente con un entusiasmo bélico sólo comparable con el de los viejos veteranos, y buena prueba de ello es que más de 2.000 han muerto durante el primer año, siendo mencionados gran número de ellos en las órdenes del día; 45 han sido condecorados con la Legión de honor; 52 han obtenido la medalla militar y nueve han recibido la orden de San Jorge.

No es menos interesante y digna de aplauso la conducta de aquellos que, por circunstancias especiales hubieron de quedarse en los territorios ocupados por el enemigo. Unos fueron fusilados por intentar proteger los intereses de Francia; otros, han sido deportados á Alemania, y aunque se ignora la suerte que hubo de corresponder á estos últimos, nada de particular tendría que muchos de ellos hubieran sido también fusilados.

Su misión, al ocupar el enemigo una ciudad, es extraordinariamente importante; cuando las autoridadas civiles habían evacuado la ciudad, ellos quedaban como salvaguardia de los intereses del pueblo. Ellos tenían el deber de discutir con las autoridades militares alemanas, y negociar con ellas, obteniendo todos los beneficios posibles para su pueblo.

No se crea por esto que el maestro abandona sus clases, si no que, por el contrario, procura explicarlas acaso con más entusiasmo que antes.

Ahora que los alemanes se esfuerzan en proclamar que las batallas se ganan en las salas de las escuelas, y que las victorias que ellos obtienen son una consecuencia lógica de la sólida base en que descansa la educación alemana. Francia puede ofrecer al mundo civilizado el ejemplo de sus maestros, notable caso de abnegación y patriotismo. Han sido en esta ocasión los mejores intérpretes de los ideales y deseos de todos los aliados. Cada uno ha ejecutado una labor meritísima; unos haciendo comprender al pueblo los largos y diferentes aspectos de una guerra y la necesidad de afrontar resignadamente estas horas difíciles, precursoras de la victoria, y otros muriendo como héroes en el campo de batalla.

IGNOTUS

UN SONETO DE RUBÉN DARIO

En 1893 escribió Rubén un soneto que viene á resultar de peregrina actualidad en los días que corren. En él se predice por manera maravillosa el peligro que, andando los años, hasta llegar á los de ahora, había de amenazar á la dulce Francia. Nos hace ver esto que el vate americano lo fué también en el sentido primero que tuvo esta palabra pues que le fué otorgado el divino don de profecía ó vaticinio. Y para que se vea cómo es ello cierto, nos parece bien trasladar de las páginas de «El canto errante», donde figura, á estas columnas el supradicho soneto, que dice así:

A FRANCIA

¡Los bárbaros Francia!
(los bárbaros, cara Lutecia!
Bajo áurea rotonda
(reposa tu gran paladín.
Del cíclope al golpe,
(¿qué pueden las risas de Grecia?
¿Qué pueden las Gracias
(si Herakles agita su crin?
En locas faunalias
(no sientes el viento que arrecia,
el viento que arrecia
(del lado del férreo Berlín,
y allí bajo el templo
(pagano que tu alma desprecia,
tu vate hecho polvo
(no puede sonar su clarín.
Suspende, Bizancio
(tu fiesta mortal y divina.
¡Oh, Roma, suspende
(tu fiesta divina y mortal!
Hay algo que viene
(como una invasión aquilina
que aguarda temblando
(la curva del arco triunfal.
«¡Thannhauser!», resuena
(la marcha triunfal y argentina
y vese á la lejos
(la gloria de un casco imperial.

El poeta escribió este soneto hace veintitrés años, y ya preveía la marcha de «los bárbaros». Pero lo que no adivinó y no supo nadie adivinar es que aquella «invasión aquilina» sería detenida y vencida. «La curva del arco triunfal aguarda»; pero es para que pasen los vencedores de «los bárbaros», los paladines del derecho.

La peor cuña

El «raid» último de los zeppelines sobre Londres y París, no ha tenido, ciertamente, fuera de las inevitables desgracias, el efecto moral que se proponían, sin duda, los guerreros de Guillermo II. Ni han temblado los pueblos castigados, ni se ha alzado siquiera una voz en demanda de paz. Los muertos han ido al hoyo, y los vivos han reanudado su vida cotidiana.

Pero si los resultados apetecidos no han parecido por ninguna parte, en cambio ha salido de todas las bocas un grito de maldición y se han crispado los puños en actitud de ira. Y han surgido, como era natural, los deseos de revancha. Para los que asesinan á las gentes pacíficas á mansalva, para los que buscan la complicidad de la noche para dar rienda suelta á sus instintos, para los que vierten sobre la dormida ciudad el horror de una muerte alevosa—han dicho cientos de voces—no debe haber misericordia, ni piedad. Una vez más ha sentido el hombre el gozo de Talión.

Como algo inevitable, como una cosa muy dolorosa, pero que va íntimamente soldada á los infinitos sacrificios de una guerra, han mirado los burgueses de París el amontonamiento de carne joven sin vida, los atropellos de las vírgenes, el triste espectáculo de las bellas catedrales convertidas en ruinas, y del rico suelo de Francia trocado en despedazado erial por la metralla. Todo ello era consecuencias de la guerra. Todo encontraba una justificación más ó menos razonable. Todo podía llevarse con resignación menos estos vuelos siniestros, sobre lugares tan distantes de la línea de fuego, sin ningún motivo estratégico, sin ningún pretexto militar.

El último «raid» ha rebasado la paciencia. Inglaterra y Francia piden represalias. Lord Rosserbery ha recogido en una carta estos clamores, y pide que la sangre de los que tanto han hecho padecer, caiga sobre los ejecutores de tanto martirio estéril. «Devolvámosles con usura—dice—lo que nos han tirado graciosamente». Lo cual quiere decir que tras de estos tiempos, vendrán otros peores, esperanza que no deja de ser consoladora. Así como así, el número de víctimas no es para alarmarnos demasiado. La lista 441 acusa la friolera de un total de 2.337.096 bajas alemanas.

Lo más chocante es que todavía hay espíritus sentimentales, como el del príncipe de Sajonia, sacerdote católico y primo de S. M. imperial, que ha tenido el atrevimiento de escribir en el «Frish Citizen», y en alemán, para que resulten más claras, las siguientes palabras:

«Sangra mi corazón cuando pienso que uno de mis parientes ha permitido crímenes sin precedentes contra la Iglesia de Dios, sus sacerdotes, sus hijos y sus hijas, así como contra numerosas criaturas, y cuando pienso también que se siente feliz de lo que hace. La sola excusa á su conducta estará en que, como muchos creen, sea mentalmente irresponsable. Pero como jefe del Imperio alemán, no tiene derecho á ninguna piedad».

Yo ya sé qué pensarán de esto nuestros buenos clérigos, tan incondicionales defensores de las hazañas que tan mal juicio merecen al autor de la carta. Lo que puede asegurarse, sin temor á rectificaciones, es que la poderosa cólera del muy protestante señor don Guillermo II habrá hecho palidecer á los más rubicundos germanos. Y en verdad que no le falta razón. Cierto y sabido es que no hay peor cuña que la de la misma madera, pero de todos modos, es insufrible saber que tiene uno en la familia un primito tan descastado como el de Sajonia.

J. BARRIO Y BRAVO

Sobre una serie de inyecciones

El Sr. Salaverría—quizás no les sea á ustedes desconocido—se dedica de un tiempo á esta parte, á suÑministrar á los españoles, desde *A B C*, como jeringa, unas tonificantes inyecciones de optimismo. El Sr. Salaverría—posiblemente no lo ignoran ustedes—escribió hace tiempo un libro titulado *Desde lejos*, esto es, desde Buenos Aires, en el cual se ve á España como á través de un cristal ahumado con el más negro de los pesimismos. No queremos abrumar al lector con citas que han perdido toda actualidad. Pero los mismos lectores del órgano de la Tontería Nacional, cuyo colaborador es de antiguo el Sr. Salaverría, recuerdan seguramente las amargas censuras que hasta hace muy poco ha tenido siempre para España. Un comunicante de buena memoria, nos escribe sobre este particular una carta, de la cual tomamos las siguientes líneas:

«Le recordaré que ese joven (el comunicante cree que el Sr. Salaverría es joven), ahora tan patriotero, no ha escrito durante muchos años, en el propio *A B C*, sino censuras, claras ó encubiertas, contra todo español; que en todas las crónicas de sus viajes de adocenado turista, bien por Europa—Inglaterra, Alemania, Italia—, bien por América, ha aprovechado las ocasiones para menospreciar y zaherir las cosas de España; que ha blasonado siempre de no ser de la misma raza que los demás españoles—recuerdo que una vez se declaró sajón ó tudesco—; que en un famoso artículo afirmó que en España, por no haber nada bueno, no había ni flores—llegó á aseverar que en cualquier mercado de flores del extranjero podría verse mejores claveles que en Sevilla...

Pues bien; este... (nos tomamos la libertad de sustituir con estos puntos suspensivos una palabra poco parlamentaria), tras esa campaña tenaz, llena de insidias y de hieles, ha tenido el valor de escribir, hace poco tiempo, en el *A B C*, un artículo censurando á los intelectuales españoles que hacen, por sistema, crítica de las cosas de su país. Ha visto que Luca de Tena es un patriotero, y para congraciarse con él y ganarse sus simpatías, ha cambiado de disco inopinadamente y se ha lanzado á cantar, con entusiasmo, la *Marcha de Cádiz*.»

Por nuestra parte, consignamos la satisfacción de ver cómo la guerra ha transformado el pesimismo trashumante del Sr. Salaverría en patriótico optimismo. Tenemos entendido que nuestro comunicante se equivoca, sin embargo, en el dato de las flores, pues según se nos informa, lo que dijo el Sr. Salaverría, pro-

moviendo una algazara nacional, fué que España importaba claveles de Francia, ó algo por el estilo.

En la serie de esas inyecciones, que nosotros compararíamos, si no temiéramos ofenderle, con los *Discursos á la nación alemana*, de Fichte, ha abierto este egregio pensador español un modesto paréntesis para escribir un artículo en defensa del periódico industrial, que él mismo, con ingenuidad que no ha de agradecerle D. Torcuato, lo ve representado en *A B C*. Ya nos extrañaba que ninguna de las bizarras plumas que trabajaban al servicio de ese periódico saliese á sacar al Sr. Luca de Tena del atolladero. Los gozques prefieren ladrar su envidia y su rabia cuando ya ha pasado el viandante de recia pisada ó refugiarse en alguna obscura lejanía no sea que les alcance la punta del pie de la persona ladrada. Pero he aquí que el Sr. Salaverría tiene por lo menos el coraje de presentarse en la puerta delantera y de hacernos una candorosa defensa del periódico industrial, ó sea del *A B C*, con una espontaneidad que nadie pone en duda. Se queja este filósofo nacional de que algunos llamados progresistas combatan este precioso producto de la civilización que se llama *A B C*. Por lo visto, el Sr. Salaverría se dolería igualmente de que nadie, con pretensiones de progresista, combatiese una fábrica homicida de las muchas que hay en el moderno régimen industrial. Por lo visto, no le duele que haya fábricas donde se envenene la sangre ó el espíritu del hombre. Dice también el Sr. Salaverría que el periódico industrial le ha manumitido. Bien está su gratitud de liberto. Pero sospechamos que su caso, más que el de un liberto, es el de un bracero que se siente libre por ganar dos pesetas en una fábrica de la ciudad en vez de una en el campo. Sobre las libertades que le otorga el periódico industrial, sólo podermos juzgar cuando, en vez de amables é innocuas divagaciones, escriba algo que pueda dar motivo á que se dé de baja un lector. No hay otra piedra de toque.

El oro del Rhin

Puesto que de soborno se trata... He sido dos veces protagonista.

—«Puesto que de soborno se trata en esta polémica, nadie mejor que yo puede corroborar lo dicho por el Sr. Araquistain en *El Liberal* y en *España*, porque he sido por dos veces protagonista principal de intentos que cerca de mí han hecho los agentes germánicos. Sería pueril que citara nombres, que dijera las personas que han servido de intermediarias para hacer cesar mi campaña mediante el soborno. Como se comprende, esas personas no han venido á *trabajarme* acompañadas de testigos y además se trata de íntimos amigos míos que no me han autorizado para revelar su nombre. Pero puedo insinuar algo sobre ellos y bastante acerca de las circunstancias de intento de soborno.

La primera vez fué casi en vísperas de la denuncia de mi artículo «Un kaiser cursi», que me valió el proceso del cual acabo de ser absuelto. El intermediario fué un conocido abogado de Barcelona que milita en el partido conservador, y alto cargo en una Sociedad que explota un importante servicio público. En mi propio domicilio me hizo la proposición con toda clase de comedimiento, como si supiera la contestación que había de darle, y que fué sencillamente la de amenazarle con romper nuestras relaciones si volvía á hacerme proposiciones de semejante naturaleza. Intenté arrancarle de parte de quién venía, pero me fué imposible sacar el agua clara. *Et pour cause*.

La segunda y última proposición, fué más directa y clara. Ocurrió en el Casino de Caldetas, en ocasión de mi veraneo en Agosto último, para restablecerme del grave accidente que sufrí en 31 de Julio. Precisamente entonces veraneaba en Caldetas un francófilo ilustre, mi distinguido amigo D. Miguel Morayta. La persona que vino á intentar mi soborno es conocidísima en Barcelona, por su posición social y por su figura dentro del partido maurista. En estos ó parecidos términos me dijo:

—Estás muy delicado desde tu último ataque y no te conviene continuar esa campaña en pro de los aliados, que tanto trabajo te causa. Tomando pie de tu quebrantada salud, podrías poner fin á esa campaña y yo te aseguro que no dejarías de recibir por ello una fuerte recompensa, que te aseguraría el porvenir. Si te parece, yo intentaré las gestiones cerca de los más interesados en que tu campaña cese.

Contesté á este emisario de tal forma, que desde entonces nuestras relaciones se han enfriado un tanto. Es de advertir que *dos días antes había llegado á Caldetas el director del Banco Alemán Trasatlántico* en Barcelona, junto con otros personajes de la colonia alemana.

Mi campaña ha continuado luego como si tal cosa, con la única variante de que en el Palacio de Justicia se han prendado tanto de mis escritos, que llueven sobre ellos las denuncias. La última, precisamente, vino hace dos días por mi artículo «La brutalidad en la guerra».

DIAZ RETG

Pedid **Chocolates Louit** de todas clases.

Los Alemanes en el Marruecos español

—

La última sublevación de los moros

A consecuencia del valiente artículo que R. Aubin publicó hace algunos días en esta Revista, sobre la obra de los alemanes en Marruecos, hemos recibido numerosas cartas alentándonos á proseguir esta campaña, para desenmascarar á los verdaderos responsables del contrabando de armas y de las bajas tan sensibles que hemos tenido y tenemos en aquella tierra.

Hoy reproducimos á continuación un valiente artículo del valiente colega *El Campo de Gibraltar*, que corrobora estas afirmaciones:

«Día tras día hemos venido sosteniendo en estas humildes columnas periodísticas la enérgica acusación de que «algo» se preparaba en Marruecos.

No en balde, vigilantes avanzados de una España que no duerme, de una España que no se deja engañar fácilmente, hallándonos situados en puesto de honor y peligro, pero de insuperable valía para conocer ciertos reprochables manejos, tuvimos en cuenta, por patriotismo, por dignidad, por honor nacional, cual era nuestro inexcusable deber y acusamos, en la forma que podíamos hacerlo, para que nuestra voz encontrara el justo eco en las esferas donde existe el deber de escuchar.

Desde que los liberales, ocuparon el Poder, eran significativos, alarmantes, los movimientos de ciertos agentes alemanes en esta región de la baja Andalucía.

El alijo de armas en el muelle de Málaga; los ataques de los moros á nuestras posiciones en Melilla con bombas de mano, la injustificada estancia, en nuestras plazas africanas de extranjeros que nada honrado tienen que hacer por allí; la no menos, sospechosa estancia, de otros pájaros de cuenta, en las ciudades de nuestro litoral, hiciéronnos acusar despiadadamente, pero con el valor que dan la convicción y la justicia de una causa grande.

¿Qué se hizo, Sr. Villanueva, ministro de Estado é insuperable africanista?

¿Qué se hizo, señores gobernantes?

¿Sería inmodestia, por nuestra parte, recordar, como traído por los cabellos, nuestro proceso, nuestra persecución, nuestra «fracasada» sentencia de muerte, en el pasado mes?

¿Sería atrevido, recordar á gobernantes y gobernados que los hermanos Mannesman, cuyo cuartel general reside en Málaga la bella; los hermanos Mannesman, que poco antes de estallar el conflicto europeo, pretendieron que el Estado español les arrendara nuestro porvenir en Africa, para organizar, algo al modo de la Compañía de Indisa; los hermanos Mannesman, cuya íntima amistad con el Raisuli es probada y de todos conocida; los hermanos Mannesman, de quienes se dijo en tiempos que para las empresas africanas contaban como principal accionista al Kaiser Guillermo II; los hermanos Mannesman, en fin, alemanes de corazón y hasta la médula, podrían tener interés en crearnos conflictos en Marruecos, ahora, que con la entrada de los liberales se dijo que nuestra inquebrantable neutralidad debía ser benévola para los aliados?

He aquí, pues, como al llegar el trágico rumor que desde Ceuta, nos dice á nosotros, fieles vigilantes avanzados de la España que piensa, la malaventura pasada con esas tribus del Raisuli, viene á nuestra mente la gran figura escénica de Tallaví en el final de *Los semidioses*, y al caer, esta vez de verdad, para siempre, suena en nuestro oído el espeluznante grito del sublime patriota representado:

¡Por España, mi comandante!

¿Seguirá España, ciega, sorda, embrutecida, tras sus fiestas y sus ídolos, abandonando al moribundo?

¡Por España!... ¡Cumplimos nuestro deber!»

EL CAMPO DE GIBRALTAR

NUESTRA PORTADA

—

El vencedor de los Fokkers

Los grandes aviadores conocidos antes de la guerra han desaparecido casi todos: los unos han muerto, los otros están prisioneros. Pero los que les han sucedido no han desmerecido de sus maestros. El Estado Mayor Central, tan parco en citaciones nominales, ha dado á conocer la del sargento Guynemer.

El sargento Guynemer es joven, muy joven, acaba de cumplir los veintiún años. Es un mozo alto, esbelto, audaz, bravo hasta la tenacidad. De sus combates contra los fokkers ó aviatiks habla como de la cosa más sencilla y corriente.

Posee un método especial para el combate. Solo á bordo se va en su pequeño biplano de combate, llamado el «Viejo Carlos», que hace sus 160 por hora. Se acerca al avión enemigo, parece que le va á abordar, y á los 40 ó 50 metros vira, tirando con su ametralladora fija, hasta que el otro, herido mortalmente, con las alas inertes, se va hacia abajo... á estrellarse.

Así, tres veces en breves días ha visto caer á aviones enemigos.

Sólo el otro día estuvo á punto de terminar trágicamente la jornada para el bravo sargento. El «Viejo Carlos» atacaba á un biplano á 2.800 metros. En el momento de disparar, á 30 metros, la ametralladora no respondió. El aceite que engrasaba el mecanismo se había helado. Otro se hubiese considerado perdido. Guynemer no perdió su sangre fría; intentó un viraje, y después, llevado por la velocidad adquirida, abordó al avión alemán desde el plano superior.

Se alistó voluntario, y cuál no serían sus hazañas cuando en siete meses ha pasado de soldado á sargento, condecorado con la medalla militar, la Legión de Honor y la cruz de guerra con cuatro palmas.

Es hijo de soldados. Su bisabuelo recibió la Legión de Honor á los veintidós años. Su abuelo fué condecorado en Argelia. Su padre también era oficial.

Tal es el que se llama ya el vencedor de los fokkers, pues ha derribado ya seis de dichos aparatos, los mejores de los aeroplanos alemanes.

«EN DESAGRAVIO»

Sensacionales declaraciones de Don Francisco Melgar

(Hombre de confianza de Don Ca os y Don Jaime) (1)

El coro de los eunucos

Decía D. Cándido Nocedal: «Los latinos somos la aristocracia del género humano».—Los flamantes carlo-luteranos lo han vuelto al revés.—Mal que pese á Mella.—Por encima de Alemania está «España», está la «Justicia», está la «Verdad», está el «Derecho», está Dios.

El resultado de esta conspiración permanente contra la verdad, ha sido crear en nuestras honradas masas un estado de espíritu ignominioso que se traduce en un culto idolátrico por Alemania, mirando todo lo que de allí procede con gigantescos cristales de aumento.

Mil veces oí al difunto don Cándido Nocedal esta frase que le gustaba repetir :

«Dos beneficios debo á la Providencia, por los cuales no hay ni un solo día que no dé gracias á Dios Nuestro Señor : Uno, el de ser católico, y otro, el de ser latino : el primero, me llena de gratitud inmensa, y el segundo, de noble y legítimo orgullo, pues los latinos somos la aristocracia del género humano : lo demás, es plebe.»

Eso era en tiempos de don Cándido. Los flamantes carlo-luteranos lo han vuelto todo del revés.

Hoy los latinos somos unos estropajos, unos seres degradados, la última palabra del credo, y si queremos regenerarnos, no nos queda otro recurso que inscribirnos en el rebaño alemán, no en la categoría de rabadanes, sino de reses, y someternos al látigo prusiano para que nos domestique y civilice.

No, y cien veces no. No paso por tan insoportable afrenta.

Don Cándido tenía razón. Los latinos somos de esencia infinitamente superior á los germanos, que son de una raza inferior espiritualmente.

Con frecuencia me ha sido dado contemplar en ambulancias ó comboyes de heridos, soldados franceses y alemanes revueltos, y la diferencia saltaba á la vista y se imponía. ¡ Qué abismo entre las cabezas redondas de los segundos, entre sus deprimidas frentes y en sus miradas oblicuas y solapadas y sus mandíbulas de fieras carnívoras y la expresión hipócrita á la par que feroz de sus rostros, y las abiertas fisonomías, la franca expresión, el inteligente centelleo de ojos de los primeros ! Los unos eran la personificación de la bestialidad, los otros, dioses, caídos si se quiere, pero que venían directamente del Olimpo.

La única ventaja de los alemanes es su «corporalismo», su aptitud especial para cabos de vara, cosa excelente en un presidio, pero secundaria en una sociedad de hombres libres.

Mal que pese á Mella, yo pienso y pensaré toda mi vida que en una sola cuartilla suya hay concentrados más haces de luz que en centenares de indigestos volúmenes de cualquir famoso «Herr Doktor» de las Universidades teutónicas.

Esto, por lo que atañe al dominio de la inteligencia. Si nos atenemos á la manera de entender la dignidad humana, no hay ni un solo soldado en todo el ejército francés que consintiera en dejarse amarrar por sus oficiales con cadenas de hierro á sus cañones y ametralladoras, como á los negros de Miramolín. Antes pegaban un tiro al oficial y se levantaban ellos en seguida la tapa de los sesos.

Los que se sientan almas de eunucos pueden seguir clamando á coro infiriéndose á sí mismos la más grave de las injurias. ¡ Alemania por encima de todo !

Yo, que no me considero emasculado, gritaré mientras me queden pulmones : ¡ MENTIRA ! Por encima de Alemania está ESPAÑA, está la JUSTICIA, está la VERDAD, está el DERECHO, ¡ está Dios !

Todo eso, incluso Dios y España, lo ponen los eunucos muy debajo de Alemania, como lo prueba el hecho inaudito, escandaloso, de que haya periódicos carlo-luteranos que han osado increpar al Gobierno por haber exigido indemnizaciones y excusas por los barcos que han echado á pique los boches. ¡ Para ellos Alemania está por encima de las vidas de nuestros hermanos ! ¡ Que mueran asesinados los hijos de nuestra tierra antes que causar un disgusto al Káiser !

FRANCISCO MELGAR

1) Véase el número anterior.

CRONICAS DE LA GUERRA

El generalísimo italiano

Mientras Cadorna vela.—Como Joffre.—«No hay medio de discutir con este diablo de hombre».—«Garibaldi, malo, malo, malísimo».—«Pero Cadorna entrará en Trieste».—«Yo cumpliré tu juramento».

—En un país de habladores como el nuestro—decíame ayer un joven coronel italiano—el primer milagro ha sido el de imponer un silencio necesario á todo el mundo. Yo no sé si usted conoce el libro de nuestro generalísimo sobre la táctica de infantería. Supongo que no; es una obra técnica, que sólo los militares leemos. Pues bien, en ese libro hay unas cuantas líneas de prólogo que revelan la verdadera concepción de la guerra del hombre que hoy nos conduce á la victoria. «No es posible—rezan tales líneas—, no es posible obtener un éxito verdadero en una guerra si la fuerte disciplina de las las almas no va unida á la estricta disciplina de las inteligencias; la primera hace á las masas dóciles, y la segunda hace capaces á los jefes de guiar con unidad de miras al país entero por el buen camino.» Estas palabras, Cadorna ha querido convertirlas en realidades nacionales, y, á pesar de los pesimistas y de los escépticos, lo ha conseguido. Hoy no hay un solo italiano que no se someta á la aparente oscuridad en que vivimos. Se sabe que todo va bien, y eso basta para calmar las impaciencias. Mientras Cadorna vela, el pueblo puede dormir.

Es cierto. Como Jofre, en Francia, Cadorna, en Italia, ha conseguido un verdadero milagro al crear lo que se llama la unión sagrada. Porque mal que les pese á los Gobiernos y á los Parlamentos de aquende y allende los Alpes, no son ellos, no, los que han conseguido inspirar la fe y la confianza creadoras de solidaridad nacional, sino los jefes militares. Alrededor de los dos jefes «taciturnos», los países enteros se unen, olvidando las divisiones de partido.

¡Joffre y Cadorna!... Si un Plutarco moderno quisiera establecer un paralelo entre ambos, no le sería difícil encontrales más de un punto de contacto. Joffre, según su biógrafo, Seché, fué tan mal estudiante, que sus primeros maestros no pudieron volver del asombro al verlo llegar al grado de capitán. De Cadorna, Fernando Rigny escribe: «Cuando hacía sus estudios en el Colegio militar de Milán, donde había entrado á los diez años, se pasaba la vida castigado en la sala de disciplina». En otra página de su biografía leemos: «Su calma es imperturbable; mientras sus compañeros gritan, él conserva una sonrisa, que es como un arco iris en medio de la tempestad». Estas palabras son idénticas á las que Pirre Paul escribía poco ha hablando del caracter de Joffre. Y por encima de estas analogías, que pueden parecer superficiales, existe la hermandad de las dos grandes almas en lo que hay de más honrado: en la energía metódica y silenciosa.

Hijo del héroe que á la cabeza de las tropas florentinas tomó Roma en 1870, el actual jefe de las fuerzas italianas hubiera podido, desde el principio de su carrera, ser uno de los más brillantes oficiales de la corte de los Saboya. «Todas las puertas—dice él mismo—estaban abiertas ante mí». Pero su vocación, y más que su vocación su conciencia, le llevaron á desdeñar los honores fáciles para consagrarse al estudio. A los veinticinco años publicó una obra técnica sobre la guerra franco-prusiana, obra que ahora mismo es citada con respeto por los historiadores militares del siglo XIX. Algún tiempo más tarde, al ser nombrado comandante de un batallón de Infantería, consagrarse á aplicar sus teorías tácticas, y de tal modo cambió todo lo que existía, que sus jefes llegaron á alarmarse y le aconsejaban que moderase su fiebre reformadora. Con su tenaz suavidad, Cadorna explicábales las razones de cada una de sus innovaciones, á pesar de las rutinas, á pesar de los prejuicios, lograba siempre, á fuerza de paciencia y de constancia, hacer adoptar sus ideas.

—No hay medio de discutir con este diablo de hombre—decía el coronel del regimiento número 62.

Y á veces agregaba:

—Con estos nuevos oficiales que hablan como sabios, es inútil hablar. Más que militares, parecen matemáticos...

Aquel buen saboyano á quien el actual generalísimo recuerda siempre con cariño, era el representante de la antigua escuela de guerreros ignorantes, heroicos, parleros y capaces de todos los bellos sacrificios. Cuando hablaba decía:

—El arte de la guerra.

Entonces el joven comandante contestábale:

—Lo que usted llama arte, es, en realidad, una ciencia.

Como estas discusiones tenían lugar durante las comidas, los demás oficiales intervenían, dando la razón á Cadorna.

Una noche, irritado, el coronel exclamó:

—Si verdaderamente la guerra ha cambiado de tal modo, lo primero que habría que hacer es mandarnos á paseo á todos los que tenemos canas.

¿Habrá recordado tales palabras el generalísimo en estos últimos meses?

Como Joffre, en efecto, Cadorna ha sido despiadado para con los jefes demasiado viejos. En los nueve meses de que ha dispuesto para crear un arma digna de lucha contra los ejércitos germánicos, una de sus mayores preocupaciones ha sido el rejuvenecimiento del alto mando. Sin violencia, sin escándalo, con una habilidad digna de un diplomático, ha ido dando á los ancianos los puestos que nada interesan á la defensa nacional, y los ha reemplazado con jóvenes de verdadero mérito.

—Usted escoge á los más brillantes—decíale, creyendo halagarlo, un embajador.

A lo cual Cadorna le contestaba:

—No... no... No son oficiales brillantes lo que necesitamos... En nuestros países de sol y de viñas, lo brillante es demasiado común. Todos somos brillantes, aunque á veces resultemos brillantes falsos... Lo que se necesita es gente seria, estudiosa, tranquila, que no vaya demasiado deprisa... Nada de héroes legendarios...

Uno de los primeros que hicieron personalmente la experiencia de este modo de ver, fué Ricciotti Garibaldi, que llegó de París hace cerca de un año con sus galones de comandante francés, y que tuvo dificultades para conseguir ser nombrado capitán italiano.

—Es uno de los más arrojados—decíale D'Annunzio al generalísimo.

—Malo—contestaba éste.

—Bajo las balas, canta y ríe.

—Malo... malo...

—Viéndolo, los soldados se dejan matar con entusiasmo sagrado.

—Malísimo...

—Entonces...

—Entonces hay que enseñarle á no dejarse matar y á no dejar matar á sus hombres... La guerra no está hecha para morir, sino para vencer... El heroísmo novelesco es un defecto y no una virtud... Un jefe digno de tal nombre no teme la muerte, pero tampoco desprecia la vida. Un comandante debe ser un hombre muy frío, muy serio, muy metódico... Nuestro Riccioti me parece demasiado ardiente para mandar un batallón... Que comience por obedecer... Lo nombraremos teniente ó capitán...

Y lo curioso es que cuando D'Annunzio, después de repetir estas palabras al joven Garibaldi, preparábase á oir alguna queja indignada, vió que el comandante del Argona aceptaba agradecido, sin murmurar, los galones de capitán para ir al Isonzo.

No hay nadie, en efecto, que no acepte de buen grado las ideas del gran jefe, porque no hay nadie que pueda dudar de su buena fe, de su nobleza de intenciones de su sinceridad absoluta. Cuando, hace muchos años, fué nombrado secretario ó ayudante del general Pinell, sus amigos le tuvieron lástima. No ha habido hombre con fama de más mal carácter, en efecto, que el general Pianell. Pero toda su dureza, toda su desdeñosa altivez, toda su autoritarismo despótico, estrelláronse contra la calma clara de su nuevo colaborador.

—¡No hay medio de enfadarse con Cadorna—exclamó un día:

Sus subordinados dicen ahora lo mismo, aun en las circunstancias en que, lejos de recibir elogios, reciben observaciones desagradables. Y es que su bondad es tan visible; es que se nota tan bien que jamás se deja dominar ni por sus pasiones, ni por sus impresiones; es que se adivina de tal modo que en el fondo de su alma no ha habido jamás un sentimiento egoísta; es que se ve tan transparentemente su carácter inflexible aun para consigo mismo, que nadie puede acusarlo de injusticia, ni de violencia, ni de ligereza.

Lo único extraño es que con estas virtudes, que no son de las que más pronto se aprecian, y que lejos de ser brillantes resultan algo opacas, el generalísimo italiano haya logrado, al cabo de dos meses de campaña, ser tan popular cual sus más gloriosos colegas de Europa, y aparecer, en el plebiscito suizo, como el rival en gloria del mariscal French y del legendario von Kluck.

—Nosotros—dicen los italianos, con razón— tenemos un motivo capital para admirarlo, y es que desde el primer día ha sabido inspirarnos una confianza absoluta en la victoria.

Un campamento en Salónica.

Y luego refieren una historia que es bella cual un símbolo.

—Ya recordaréis—exclaman—que el padre de Cadorna mandaba en 1866 el quinto Cuerpo de ejército y que había jurado entrar vencedor en Trieste. Cuando el armisticio le obligó á detenerse en su marcha, sus oficiales le oyeron murmurar:

«Si no es hoy, será mañana; pero Cadorna entrará en Trieste».

Rafael Cadorna murió sin entrar en Trieste. Su hijo Luis le dijo en su lecho de muerte:

«Yo cumpliré tu juramento».

Eso, que en Italia da al generalísimo una aureola ideal de ser predestinado, no es, empero, lo que el resto del mundo admira. Lo que los franceses, y con los franceses los demás europeos, aprecian en el jefe italiano, es su calma, su sobriedad de palabra, su noble actitud sin jactancia y su energía tranquila. «C'est un frere de Joffre», dicen.

E. GOMEZ CARRILLO

Lo que quiere ocultar la censura alemana

Dicen algunos que los periódicos alemanes son los más veraces, que no ocultan nada á sus lectores, y que el Gobierno imperial, seguro de que todo está bien y de que su pueblo está compenetrado con él, permite la publicación de cuanto ocurre.

Vean, pues, las prohibiciones que han podido conocerse y confirmarse por diversos conductos, y que la censura alemana ha dirigido á los periódicos:

«Le Journal» publica algunas prescripciones de la censura alemana, que demuestran lo que allí se quiere ocultar:

17 de Octubre de 1915.—Las noticias del extranjero con respecto á la ejecución de miss Cavell, no deben ser aceptadas.

18 de Octubre de 1915.—Acerca de los barcos alemanes torpedeados en el Báltico, sólo se deben dejar pasar las comunicaciones del ministerio de la Marina.

21 de Octubre de 1915.—No se debe publicar nada con respecto á los anuncios rojos que se pusieron en Berlín excitando á la revuelta, así como de las manifestaciones que siguieron.

22 de Octubre de 1915.—Nada debe publicarse acerca de la venta de títulos del empréstito de la guerra, en particular no indicar el precio mínimo de las suscripciones al empréstito.

24 de Octubre de 1915.—La publicación de noticias sobre las revueltas provocadas por la carestía de los víveres queda prohibida.

6 de Noviembre de 1915.—Nada debe indicarse de las manifestaciones de Berlín originadas por la carestía de los víveres.

6 de Noviembre de 1915.—Artículos referentes á los resultados económicos de la administración alemana en Bélgica son deseables. Todo lo que aparece en la «Correspondencia de Bélgica» puede reproducirse. Los artículos procedentes de otras fuentes necesitan pasar antes de su publicación por el visto bueno del Negociado Militar de la Prensa de Berlín.

9 de Noviembre de 1915. — Toda publicación respecto á las manifestaciones causadas por la carestía de víveres sigue prohibida. En los artículos sobre los acontecimientos de los Balkanes, librarse exageraciones sensacionales ó de profecías á largo plazo.

10 de Noviembre de 1915.—La reproducción del artículo del «Worwaerts» del 6 de Noviembre contra la carestía de la vida, queda prohibida, tanto en la Prensa como en las hojas sueltas.

El artículo sobre las atrocidades armenias, publicado en el número de Noviembre de la «Revista General de Misiones» (editor Martín Warnecke, de Berlín), no debe ser reproducido.

Así es como el pueblo alemán conoce la verdad. ¡Con decir que ignora aún la batalla del Marne!

Un general en jefe griego dice: "Estoy entusiasmado"

El general Moschopoulos, jefe del tercer Cuerpo de ejército griego, ha dicho á un redactor del periódico «El Independiente»:

«Las impresiones que traigo de mi visita al frente anglo-francés, son excelentes. Estoy entusiasmado de la acogida calurosa de que se me ha hecho objeto. Los trabajos de fortificación ejecutados en el frente de los aliados son magníficos y sorprendentes.

Los ingenieros aliados han realizado maravillas. Los trabajos de defensa ejecutados en los tres últimos meses alrededor de Salónica, significan un año de labor.

En mi calidad de general griego, y conociendo la región fortificada, declaro que Salónica está al abrigo de toda invasión.

Si por casualidad, los germano-búlgaros emprenden una ofensiva, encontrarían ante sí una muralla de hierro. Las fortificaciones del campo atrincherado de Salónica han sido hechas sobre la base de los últimos datos del arte estratégico.

Salónica será el campo atrincherado más formidable del mundo. Estoy muy contento de ver nuestras relaciones con los aliados hacerse cada vez más estrechas.

LOS OFICIALES SE H CEN QUERER

—¿Por qué se están desternillando de risa?
—Nuestro teniente es kaput.

(Dibujo de Poulbot)

Los cuatro cónsules y los cien espías

Una historia que parece cuento.—«Es preciso comprar la prensa».—Un proyecto.—Espiando á los oficiales griegos.—Cómo se propagaban las noticias.—Las cuevas de Kwcatkowsky depósitos colosales de fusiles, revólveres, etc.—Utilidad de los brazalates.—¡Venir, aquí estamos preparados!

Con este título, el corresponsal en Salónica del «Corriere della Sera», Amaldo Fraccaroli, después de haber narrado la detención de los cónsules de Alemania, Austria - Hungría, Bulgaria y Turquía, dice acerca del resultado del examen de los archivos del Consulado:

«El mando del ejército de Oriente ha hecho un expediente acerca de estas pesquisas, y el expediente es tan interesante como una novela. La organización germánica es precisa y metódica; y el cónsul de Alemania y su colega de Austria eran muy metódicos y muy precisos: registraban, catalogaban y clasificaban todo. Se ha encontrado en regla todo: la preciosa obra consular apareció inmediatamente con completa claridad. Los cuatro cónsules trabajaban de acuerdo, el de Alemania mandaba, el de Austria estaba á su lado para hacerse la ilusión de que mandaba, y los otros dos obedecían. El servicio se hacía á lo grande. El barón Schenk escribía desde Atenas:

«Es preciso comprar la prensa y la calle y crear una opinión pública alemana».

Walter y su colega de Austria Kivatkovsky compraban todos los periódicos, en lengua francesa, griega ó hebraica y compraban á muchos que debían contribuir á crear la opinión pública.

Los periodistas se dejaban comprar por dos ó trescientos francos mensuales cada periódico, con pequeños subsidios particulares para los más celosos.

Pero otros se hacían pagar un poco más. Los registros de los Consulados conservan, regularmente, estos nombres y estas cifras, y es, siguiéndoles, que el mando de los aliados ha hecho arrestar á los colaboradores de los cónsules; judíos dueños de comercios pequeños, empleados de Banca, profesores, agentes de navegación, repreesntantes de las Sociedades del petróleo — ¿recordáis la frase del rey Constantino, de que en Grecia el petróleo sirve para la destrucción de las langostas? — proveedores militares, amables jovencitas de corazón generoso...

El trabajo es excesivo, alegó el cónsul de Austria, enviándosele al secretario de Embajada, Henrich von Hoflehuer; el que se creó la especialidad del espionaje referente á Servia. Trabajaba, sobre todo, á lo largo de la línea de Monastir; el 22 de Diciembre estaba en Florina, «donde ha terminado, tras largos trabajos su viaje secreto y ha trabajado por restablecer las vías de espionaje entre Salónica y Monastir; algunos días después de su regreso, comunicaba que el nuevo prefecto griego de Florina es de confianza, el antiguo había sido trasladado por sus simpatías aliadófilas, luego de la ocupación de Monastir; que ciertos oficiales de un regimiento griego de la frontera no inspiraban ninguna confianza, mientras que, por el contrario, el coronel era de fiar.

Porque, naturalmente, la agencia oficial de espionaje no se ocupa únicamente de los aliados: extiende su celo á vigilar á los griegos. ¿El espíritu de sus oficiales es favorable á Alemania ó le es contrario? Se tiene seguridad de Atenas, ¿pero y de Salónica? La respuesta es confortadora: la opinión militar griega es favorable á la idea de no combatir. ¿Pero el ejército griego abandonará Salónica como los aliados piden? Así escribe un agente de confianza: «Desde hace una quincena de días (el informe está fechado el 30 de Septiembre) se hace salir á los griegos por un lado de la ciudad, preparados para la salida, haciéndoles volver á entrar por otro lado.»

El servicio de informes acerca de los movimientos de los aliados es minucioso. Un informe austriaco del 4 de Diciembre, que se ruega transmitir á los agregados militares, anota: «Desembarco de infantería inglesa, unos 1.800 hombres, con una batería de cuatro piezas pesadas, de 12 centímetros, tiradas por ocho caballos y con 12 carros de municiones y 11 de otros accesorios. ¡Y durante tres meses, á pesar de que los aliados sospechan que existía este informe y otros que le antecedieron ó siguieron, dejan tranquilos á los cónsules de los países enemigos!»

Pero ni Walter ni Kwiatkosky olvidan el consejo de «crear una opinión pública». El sistema es sencillo. De Atenas llegaba la orden de propagar tal ó cual noticia: el «cavass» Bessar la repetía á todos los agentes diseminados por la ciudad... Esto para la calle. Para la sociedad más escogida se servían de un alemán, que tiene un pasado algo obscuro, pero que lleva un nombre aristocrático: el conde von Blücher. Este sembraba las noticias útiles en los círculos, las susurraba con dignidad en los salones y recogía las informaciones por doquier con candor. Pero los cónsules preparaban también y organizaban en todos sus detalles una «minucia»: la revolución en Salónica, el terror. En las cuevas de Kwiatkowsky, que gustaba del buen vino, se encontraron depósitos colosales de fusiles, de revólvers, de sables, de municiones, de bombas para mano y hasta algunas ametralladoras revólvers. Después se descubrieron 20.000 banderas turcas, 2.000 brazaletes con la media luna y 50 uniformes turcos.

No era difícil adivinar el uso futuro; pero la explicación muy clara fué descubierta en las oficinas de Nedkoft, cónsul de Bulgaria. Se había organizado todo un ejército de comitadjis, y los brazaletes debían servir de salvoconducto á los jefes y de signo de reconocimiento para los irregulares: 800 brazaletes numerados, sellados y clasificados.

Cada portador de uno de estos brazaletes tendría de 8 á 10 hombres á sus órdenes, y á la primera señal, á la primera aproximación de los germano-búlgaros, algunos millares de estos «irregulares» se echarían á la calle en Salónica y propagarían el terror y la muerte. Y los aliados, atacados de frente por los búlgaros y los alemanes, serían atacados así por la espalda. El plan estaba dispuesto, y en la segunda semana de Diciembre, durante la retirada de los franco-ingleses del Vardar, los cuatro cónsules esperaban realizarle.

«Salónica sería una base naval de la mayor utilidad para los imperios de Alemania y Austria Hungría», escribe Walter desde Salónica. Los informes de los primeros días de Diciembre todos piden: «¡Venid, venid! ¡Aquí estamos preparados!»

Pero los alemanes no estaban preparados. ¡Qué lástima para ellos!»

R.

La prensa madrileña soy yo

Hacía varios días que el Sr. Luca de Tena no nos regocijaba con esa sección del «A B C», tan incitantemente cómica, que titula «Injurias y calumnias», cuando he aquí que el 20 de este mes vuelve nuestro hombre á la carga. El tema es distinto, pero los motivos los mismos de siempre. He aquí algunos: de su lado, el honor, la dignidad, el decoro, el patriotismo; en frente, los motivos del dragón: el ferrerismo, los que venden su conciencia y su Patria (con mayúscula), los modernos Judas, los que atacan al rey, al ejército y ahora á la Prensa madrileña (naturalmente, «La Prensa madrileña soy yo», piensa el Sr. Luca de Tena, parodiando al viejo déspota).

El tema es una nota del «Daily News», donde se habla de un periódico que el Sr. Luca de Tena, con alarmante monomanía de persecución, cree que es el suyo, y de un misterioso regalo de máquinas. Al leer la nueva sanjorgiada del Sr. Luca de Tena, buscamos el «Daily News» del día en que el «A B C» dice que se publicó esa nota, y tras largos y desesperados esfuerzos, logramos hallarla donde menos esperábamos: en una sección diaria, hecha de notas, de carácter jocoso y anedóctico, que se titula «Under the clock» (Bajo el reloj). La escribe «Sub Rosa», seudónimo conocidísimo del no menos conocido escritor y diputado Spencer Leigh Hughes. A él y no al director del «Daily News» debiera «desafiar públicamente» el Sr. Luca de Tena, y, en caso necesario, formarle un Tribunal internacional de honor. A menos que pretenda extender á la Prensa inglesa su criterio de que un director es responsable único de cuanto aparezca en su periódico, firmado ó no. «Under the clock» no necesita firma, por superflua; todo lector de periódicos ingleses sabe que es «Sub Rosa» (hasta hace poco este seudónimo era el título de la sección), del mismo modo que todo lector de periódicos españoles sabe que las «Chácharas» y los «Despachos del otro mundo», de «El Imparcial», son de Cávia, aunque hubiera dejado de firmarlos hace años.

Evidentemente, la Prensa inglesa le viene un poco ancha al Sr. Luca de Tena, pues de otro modo no lanzaría esos truculentos desafíos ni pediría la intervención de un cónsul extranjero por una nota en que no se le menciona y escrita ostensiblemente en vena humorística por un jocoso escritor inglés. Y menos mal que no se le ha ocurrido pedir una reclamación diplomática. Cosas de estas son las que ponen en ridículo á un periódico. En cuanto á esas cifras de pesetas, francos, marcos y talones que publica «A B C» y que no prueban sino que se han destinado á pagos parciales de máquinas cuyo número y costo total se ignora, es de temer que le sirvan á Mr. Spencer Leigh Hughes para una nueva nota humorística en «Under the clock».

¡Spanien über alles!

Madame de Thebes está haciendo verdaderos estragos.—El director del "Times" ha venido á España para hacer las paces con el A. B. C.—Juan Pujol ha aprovechado la ocasión.

La sibila madame Thébes ha vuelto á dar otro golpecito con la badila al oscuro porvenir, que, según ella, espera á los imperios centrales.

Cada vez que esta señora deja oir su voz, el sistema nervioso de muchos germanófilos se exaspera.

Conozco algunos tan furibundos, que cuando leen una noticia, aun remotamente adversa a los imperios, su actitud es imponente: les enseñan los puños á los periódicos ó telegramas que contienen tales noticias, y los golpean á manotazos. Con los ojos queriéndoles salir de sus órbitas, y la boca torcida por la ira, exclaman siempre, refiriéndose á los aliados: ¡Canallas! ¡Granujas!

A estos hombres «primitivos» no les importa un bledo la sangre de los aliados, neutrales ni... españoles; pero toda la sangre que «huela» á germánica los entristece.

Entre esos energúmenos, es donde madame Thébes, en nombre de la Humanidad, está haciendo verdaderos estragos con sus profecías.

No parece sino que se ha propuesto acabar con esa familia que debiera guardar sus fuerzas para cuando impere el nuevo canto patriótico que aún no está en «prensa». Me refiero al... ¡Spanien uber alles!

El honorable director de «The Times», ha dado un paseo por la Península Ibérica para vernos de cerca. ¡Tenía muchas ganas de conocernos!

A su regreso á Inglaterra, no queriendo perder su carácter de director del «Times», se ha «timado» con sus lectores y les ha dicho (cerrando el ojo izquierdo... para sujetar el monóculo): España es un bello país; aquello es una balsa de aceite (¿de cocodrilo?) en donde el amor hacia los aliados y especialmente hacia Inglaterra, se acerca al amor filial. ¡Ay, amor, cómo me has puesto!

Su viaje ha tenido un doble objetivo: hacer las paces con «A B C», dándole todo género de satisfacciones y excusas por unas «palabrillas» que tuvo su diario con esa publicación española.

La vida del «Times» se hacía muy difícil sin esta paz tan deseada, que ha sido testimoniada por Juan Pujol, en concepto de hombre bueno, el cual, dicho sea de paso, ha aprovechado la ocasión para borrar el recuerdo de la persecución de que fué objeto por parte de la «poli» inglesa, cuando fué corresponsal de «A B C» en Londres, de donde tuvo que salir á «uña de caballo», por la «imparcialidad» de los escritos que desde allí enviaba.

Como se ve, la visita del director de «The Times» ha sido muy fructífera... sin perjuicio de que se nos acabe el carbón y además, pasemos las del «Veri» en la próxima vendeja.

MANUEL MORILLO

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA REVISTAS

DE PARIS

—

EMBOCHANDONOS

España invadida por los alemanes. Herr M. L. Zemghan y las cordilleras cantábricas.—Lo que amenaza á España.—Desconfíen de los turistas y sabios alemazes.—El embochamiento de los Estados Unidos.-Si España quiere continuar siendo independiente.-España nuevo camerin o

Como si no hubiera bastantes boches en España, dentro de poco serán internados en la Península unos cuantos miles de germanos que buscaron la integridad de sus posaderas en ese pañuelo de tierra africana que llaman pomposamente Guinea española. Ese territorio, que va á proporcionarnos bastantes disgustos. A la invasión «oficial» de los súbditos de Guillermo habrá precedido ya otra, que se manifiesta poderosa y descarada en Barcelona y San Sebastián, y un poco más comedida en el resto de España.

Obrarán cuerdamente los españoles si no olvidan que un alemán es una figura de ser humano con gafas, borceguíes y un aparato fotográfico que recorre valles y montañas, aldeas ciudades, todo cuanto merece ser guardado, presto á anotar en su cartera de bolsillo desde la situación de los mojones kilométricos hasta la orientación de los campanarios. Todo esto, que parece servir para la redacción de un nuevo Baedecker español, contribuye á elaborar esos magníficos mapas que han permitido al Estado Mayor alemán calcular la marcha de sus tropas por los países invadidos «al centímetro».

Allá, por mi país, según leo en uno de esos periodiquitos, orgullo de los pueblerinos, ha caído un Herr M. L. Zemghan, cuya vista perspicaz se ha fijado inmediatamente en las formidables defensas naturales de la cordillera cantábrica, y so pretexto de estudiar el establecimiento de un negocio de turismo, va recorriendo los lugares por donde cazaba el rey Fabila, y los no menos históricos de donde partió con Pelayo, la reconquista española (que no fué Covandonga, sino Liébana, según ha demostrado Burguete). Le han tentado los Picos de Europa, allá por donde Alfonso XIII tiene un cazadero de rebecos, y día tras día, recorre valles y montañas, carreteras y vericuetos, kodack en ristre y lápiz en mano.

No es que yo vaya á creer que las Asturias de Santander puedan ser objeto de una invasión alemana; pero bueno es ir conociendo el país por lo que pueda terciarse. Cuando la guerra acabe, si aún quedan europeos beligerantes vivos, tendremos ocasión de contemplar un éxodo que dejará tamañitos los bíblicos. Aplastadas las naciones hoy en guerra, bajo un supuesto de «reconstrucción» cinco ó seis veces mayor que antes de la guerra, arruinada la industria y el comercio, faltas de brazos para reanudar la interrumpida prosperidad comercial, no es aventurado predecir que amenaza á España una plaga inmigratoria más dañina que cualquiera de las diez famosas de Egipto. En la raza europea, no hay, probablemente, otro tipo mejor dotado para el «mimetismo» que el alemán; se adapta á todo y en todas partes, y si lleva la prosperidad tras de su iniciativa, no hay que olvidar que la planta de su actividad carece de raíces, y que no son los frutos para la tierra donde crece, sino para la otra que sostiene el riego. España está embochándose, y dentro de poco van á comenzar á gastar casco prusiano los «romanones».

Si á los españoles les da igual, á mí ¡plin!, que aunque no soy de Oviedo conozco á Altamira; pero si tienen en algo su independencia, comiencen á desconfiar de los turistas y sabios alemanes. Fíjense lo que les ocurre á los Estados Unidos, tan arrogantes con nuestros pobres barquichuelos de Cavite y de Santiago de Cuba, y consideren á qué extremo de humillación y de resignación cristianas podría conducirnos el día de mañana ese embochamiento pacífico, gracias al cual vayan apoderándose de nuestras fuentes de riqueza nacionales.

No; es preciso que eso no sea; es preciso que la inmigración en España se reglamente de manera eficaz; es preciso evitar que por complacencias vergonzosas puedan escribirse cosas como la que leí anteayer en *Excelsior*, firmadas por un diputado de los Pirineos:

«Si España quiere continuar siendo independiente, es preciso...» suprimo la continuación, porque de otra manera me vería obligado á recordar que los españoles tienen más de «belgas» que de «griegos». Pero, en el fondo, el articulista tenía razón. Si queremos conservar nuestra independencia, es preciso no dejárnosla arrebatar por esa vanguardia de boches que, faltos de colonias, sueñan con hacer de España el nuevo Camerón.

M. GARCIA RUEDA

TRANSPORTS & DOUANES FORFAITS POUR TOUS PAYS

MAISON FONDÉE EN 1878

FELIX ARRAS

SOCIETÉ EN COMMANDITE

Siège social: CERBERE (Pyrénées Orientales)

Correspondant dans les principales Villes de France & de l'Étranger

Prix á forfait pour toutes Villes de France

MAISON A

CERBÈRE (Pyrénées Orientales).
HENDAYE (Basses Pyrénées,)
PORT-BOU, Espagne.
IRUN, Espagne.
BARCELONA, Comercio, 33.

Compañía para la Fabricación de Contadores y material para Fábricas de gas, agua y electricidad.
Sociedad Anónima. Capital: 9.000.000 de francos.
CHAMON Y TRIANA (S. en C., Sucesores) Carretera de Sarriá, 48-Barcelona
Teléfono núm. 6.392
Dirección telegráfica: **CONTELEC**
Contadores para gas.—Contadores para electricidad.—Contadores para agua.—Aparatos de medidas y registradores. Lampistería, Grifería: Fundición de Cobre, Bronce y Latón.

PNEU KLEIN

TRANSPORTS INTERNATIONAUX
V. BERTRAND Sucesor de A. BERTRAND son père
Siége á CERBÈRE (Pyr.-Or.) Agence á CETTE (Hérault —BARCELONA—PORT-BOU (Espagne)

Alimento poderoso para personas delicadas
Gelatina de carne y gallina
E. MARTIGNOLE
CALLE ESCUDILLERS. 10 BARCELONA

LA COMERCIAL É INDUSTRIAL ESPAÑOLA (S. A.)
Almacenistas de aceites y grasas lubrificantes. :-: Especialidad en grasas consistentes.
BARCELONA: Cortes, 401.--Teléfono 6348
DIRECCION TELEGRAFICA Y TELEFONICA **"CAPEL„**

Vins d'Espagne et d'Algérie.
Comission :: Consignation :: Transit
REDO Y RIVERA
25, QUAI DE BOSC.—CETTE

Bauza & Massot
ACENTES DE ADUANAS
CASA PRINCIPAL CERBÈRE

TRANSPORTES MARÍTIMOS Y TERRESTRES
agencias: *CETTE: 9, Quai de la République*
CERBÈRE
Servicio especial para el transbordo de frutas y legumbres
Consignatarios en Cette del Vapor «Villa de Soller»
Telegramas: CERBERE / CETTE Bauzá.

Transports internationaux. — Agence de Transbordement. — Service spécial pour les fruits
Agents en Douaone: Vve BARRÈRE & ARNAUD **Luis ARNAUD, Succ.r**
CERBÈRE, PORT-BOU, HENDAYE, IRÚN, Frontières Franco-Espagnoles
2, Rue Lazare-Carnot, á CETTE :-: **BARCELONA: Paseo Isabel II, 3, bajos**
Siége Social: **CERBÈRE** (Pyrénées-Orientales)

Consignación de buques
Agencia de Aduanas.
Tránsito internacional.
Agencia general de la Compañía de Seguros Marítimos «Liguria»

Lupó, Pérez-Terraza y C.ª
CERBÈRE - PORT-BOU

GÉNOVA
Via Canneto II Curto, II
Teléfono 1.749

BARCELONA
Dormitorio S. Francisco, 4, pral.
Teléfono 2.168